

Los puños sucios de la camisa son como esos hijos impertinentes: Por más que uno trate de esconderlos, al menor descuido, nos han de sacar los colores de la vergüenza.

* * *

Tenia cariño a aquellas zapatillas y me resistía a sustituirlas. Ellas me lo agradecían sonriéndome con ternura por entre sus rotos y descosidos.

* * *

El cigarrillo es un amigo leal: nos avisa en los dedos, más o menos, como nos está poniendo los bronquios.

* * *

El cigarrillo puro es un dedo amputado para robarle el anillo.

* * *

El estuche de las gafas es una ostra a la que jamás encontramos la perla.

JOSÉ CANAL

RECUERDOS

Arte

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de Canilleros

¿CONOCI al famoso coleccionista de arte don José Lázaro Galdiano?

Difícil es contestar a esta pregunta en un sentido categórico. Si el conocer implica trato y amistad, no lo conocí; si supone ver de cerca a una persona y estar perfectamente enterado de su vida y de su obra, sí.

Yo ví a Lázaro Galdiano, crucé con él formularios saludos, sé con todo detalle su interesante historia y pude disfrutar en vida suya de la visión de sus tesoros. Su figura ocupa en mis recuerdos un rincón bello y anecdótico, que no puede quedar olvidado.

Mi contacto con Lázaro procede de Antonio Rodríguez Moñino, a quien el millonario coleccionista confió la custodia de sus tesoros artísticos en 1945. A partir del otoño de este año, Moñino y yo nos reuníamos todos los días, al atardecer, en el café «Gijón», lugar ligado íntimamente a la vida literaria madrileña.

En varias ocasiones, Lázaro trajo a Rodríguez Moñino en coche al café. Lo ví entonces algunas veces, rápidamente. Sentado en el coche, envuelto en la velada luz vespertina, le veo en mi recuerdo. Era un anciano, con barba, gran empaque y gesto dominador. Se adivinaba el hombre que fue alto, arrogante, y se percibía un inmutable espíritu firme, al servicio de una inteligencia privilegiada. De su cultura artística, no era el aspecto físico, sino su colección, la que hablaba con rotunda elocuencia convincente.

En mi convivencia íntima con Moñino, Lázaro llegó a ser para mí algo también íntimo, presente siempre en espíritu en nuestras tertulias. Si nuestra charla discurría por cauces históricos, aquel tercer e invisible contertulio quedaba en la penumbra; cuando hablábamos de Arte, se imponía como figura central, única. Para mí, decir Lázaro Galdiano era decir Arte.

Los detalles de su vida, no fue Moñino —poco dado a comentarios y a quien el afecto y respeto vedaban las críticas— quien me los dió, sino mi gran amiga Isabel de Roja, Condesa de Villamonte, una anciana simpatiquísima y ocurrente, que sabía al dedillo todo lo sucedido en Madrid durante los setenta anteriores años, y la vida y milagros de cuantos residieron en la Corte en tal período.

En una de mis frecuentes charlas con la Condesa, al mencionar yo la magnífica colección de objetos artísticos reunidos por Lázaro, ella, con su proverbial locuacidad, tomó la palabra y me hizo el siguiente relato:

—Conozco a Lázaro desde hace muchos años. He estado varias veces en su casa. No fue nunca simpático: es áspero y dominante. Cuando llegó a Madrid lo protegía la Pardo Bazán y actuaba de periodista. Ha nacido en Navarra. De muchacho fue pastor, pues sus padres eran pobres, y tenían muchos hijos. Como es hombre de gran talento —eso no se le puede negar—, estudió por su cuenta, como pudo, hasta colocarse en un Banco. Esto hizo que se capacitara en cuestiones financieras y que pudiese luego, con la base del capital de su mujer, reunir una gran fortuna. Conocí también a su mujer, Paula Florido, una argentina guapetona, que vino a España, siendo ya tres veces viuda, se casó con Lázaro, y aquí se quedó y aquí murió. La historia de ella es también interesantísima. Era una muchacha humilde, hija del capataz de una de esas grandes fincas del campo argentino. Cuando estaba para casarse con un trabajador, la conoció el dueño de la finca, un viejo millonario que se enamoró de ella. Se casaron. El viejo no tardó en morir, después de haber hecho testamento, dejando a Paula heredera universal. Ella se casó entonces con su antiguo novio, el obrero; pero también éste murió pronto. Sin hijos de sus dos matrimonios y con mucho dinero, la Florido se fue a vivir a Buenos Aires, y allí se casó por tercera vez, con otro millonario, del que tuvo hijos. Cuando éste murió, vino a España y se casó con Lázaro. Como ella era riquísima y él muy listo, la fortuna que éste ha hecho es enorme.

El relato de Isabel de Villamonte era, realmente, la verdad de la vida de don José Lázaro, sin que sea preciso hacerle más que algún pequeño retoque, tal como el que antes de casarse con la Florido ya tenía él un buen capital, logrado con su talento en jugadas de Bolsa. También antes de su matrimonio había empezado a reunir sus colecciones de arte, porque el Arte fue su vocación desde niño y se había capacitado de manera excepcional en esta materia, muy poco cultivada entonces. Gracias a ello, en sus primeros tiempos pudo

adquirir a precios bajísimos cuadros de primeras firmas y objetos maravillosos. Más tarde pagó sumas cuantiosas por las piezas que le interesaban.

Como no tuvo hijos, después de muerta su esposa, se consagró a su colección, a comprar y seleccionar. En Parque Florido, el hermoso palacete alzado por él al final de la calle de Serrano, vivía solo, entre sus tesoros, aislado del mundo, con su servidumbre y con Rodríguez Moñino como única persona de confianza.

Como ya he dicho, visité en vida de Lázaro su colección, y he vuelto a verla muchas veces después de su muerte. Impresiona y sobrecoge el ánimo el pensar que un hombre solo pudiera reunir algo tan inmenso, tan grandioso. Cuadros, esculturas, joyas, muebles, esmaltes, porcelanas, armaduras, libros... ¡La más importante colección particular del mundo!

En mis charlas con Moñino durante aquel período —1945-1947—, hablamos muchas veces de lo que Lázaro haría con todo aquello. Creíamos que pensaba dejar una fundación; pero lo cierto era que, con sus ochenta y pico de años, no había otorgado testamento. A cuantos le insinuaban algo sobre la materia, respondía, humorísticamente:

—Cuando yo me muera, que me entierren con todos mis tesoros, como a Tutankámen.

Un día Lázaro se puso enfermo repentinamente. Un primer colapso, que creyeron mortal, hizo temer la catástrofe de una muerte abintestato. Moñino, su único acompañante, actuando con una alteza de miras y un patriotismo admirables, aprovechó unos momentos de lucidez, para llevar hasta el lecho del moribundo un notario. En su testamento, Lázaro declaró heredero universal al Estado Español. Unos instantes después, a los ochenta y cinco años de edad, dejaba de existir. Era el día primero de Diciembre de 1947.

No quiero dejar de recoger una curiosísima anécdota:

De los varios hermanos que tuvo don José Lázaro, tan solamente vivía entonces uno, que no casó nunca, muy anciano también. Ambos de temperamento fuerte y de carácter independiente, estaban enemistados desde muchos años antes. Don José como ya dije, tenía una fortuna de miles de millones; el hermano, que en tiempos disfrutó de regular posición, estaba totalmente arruinado y vivía de la caridad, recogido en un asilo de un pueblecito próximo a Madrid. Cuando leyó en la prensa la noticia de la muerte del millonario coleccionista, pidió permiso en el asilo para ir al Ayuntamiento del

pueblo, y se presentó al Alcalde, diciéndole, sobre poco más o menos, lo siguiente:

—He leído en los periódicos que ha muerto don José Lázaro Galdiano, que es hermano mío. Sé que no tenía hecho testamento. Si no lo ha otorgado últimamente y ha muerto sin hacerlo, soy su heredero universal, porque no tiene más hermano que yo; si ha testado en los últimos instantes, es probable que me deje algunos bienes. De todas formas, yo vengo aquí para que se levante un acta, que firmaré, en la que se haga constar que renuncio en absoluto a todo cuanto pueda corresponderme. Nada necesito, y no quiero complicarme lo poco que me queda de vida, teniendo que administrar una fortuna.

El acta fue extendida, puso en ella su firma y se marchó de nuevo al asilo.

Yo asistí a los funerales por don José Lázaro. Después de muerto, su sombra siguió flotando junto a nosotros por mucho tiempo en las tertulias con Rodríguez Moñino. El Estado convirtió en magnífico museo el palacete de Parque Florido, en el que los maravillosos tesoros artísticos son las estrofas de un poema grandioso, que evoca permanentemente a don José Lázaro Galdiano, el hombre que consagró su vida al Arte.

Ideario

Extremeño

Si el querer bien es delito,

muchas las culpadas son,

que de par en par abrieron

las puertas del corazón.

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

Marino

A mi hijo Pablo Romero.

«Entonces, levantándose, habló con imperio a los vientos y al mar, y se produjo grande bonanza, y los hombres se maravillaron diciendo: ¿quién es Este, que aun los vientos y el mar obedecen?»

San Mateo (Capítulo 8.º, versículos 26 y 27).

Tú también, hijo mío, lo mismo que tu hermano sentiste la imperiosa llamada de los mares, y aunque eres casi un niño, cruzaste el gran Océano llevando aun en los labios el sabor de tus lares.

¡Qué peligros te acechan en esas travesías mientras el viento ruge con furia indescriptible, en tus horas de mar, en esas horas frías de triste espesa niebla que hace todo invisible.

Las olas gigantescas encumbran el navío, para luego humillarle, hundiéndole en la sima, y una tras otra muestran su brutal poderío como si no existierais, pasando por encima,

¡Ay! juegan con las vidas de las tripulaciones sintiéndose indefensos nuestros bravos marinos, mientras madres y esposas elevan oraciones a Aquél que desde el cielo rige nuestros destinos.